

DE VALLADOLID

4-117

Domingo, 30 de Mayo de 1915

EL DIA GRAFICO

El día 8 de mayo di ante el Ateneo de Valladolid—en un teatro—una conferencia sobre lo que Castilla puede aprender del espíritu actual de Cataluña tal y como en su poesía se refleja. El tema era a modo de un motivo central para ir tramando y tejiendo en torno de él—algo a mi manera un poco digresiva y como de perro que zigzaguea sobre un camino—diversas reflexiones de psicología comparada referentes a Cataluña y a Castilla. Mi principal objeto insistir una vez más en que castellanos y catalanes—lo mismo que todos los demás pueblos que integran la nación (nación y no sólo Estado) española—se estudien y traten de conocerse. Pues así se harán justicia y se integrarán sus sendos espíritus en un espíritu común y superior más complejo y más vasto, que armonice las diferencias sin suprimirlas.

No es mi propósito ahora y aquí reproducir ni en todo ni en parte, lo que en mi conferencia dije. Básteme hacer notar que he podido comprobar una vez más el grandísimo progreso en las condiciones de nuestros públicos. De diez a doce años acá se observa una mejora muy prometedora. Oyen con mucha más atención, y naturalmente aplauden menos, pero cuando lo hacen es con mejor sentido. Porque no es el aplauso, es la recogida atención lo que debe buscar el conferencista que no vaya a satisfacer una pueril vanidad de actor o de «virtuosos» de la palabra. Mantener despierta y vigilante la atención de un público durante hora y media, vale más que ser interrumpido una docena de veces por eso que en las acotaciones de la deplorable jerga parlamentaria se llama «frenéticos aplausos».

El público que tuve en Valladolid me dejó satisfecho. Uno así lo querría para cuantas veces hable. Sus movimientos de atención—pues ésta se mueve—según a mis movimientos de intención. No saben bien los que allí me oyeron cuán confortado salí de su audición.

Dije cosas, algunas, en el fondo un poco duras para Castilla, y tal vez exageré, por vía de amonestación, ciertos reproches, pero ello no encontró aversión. Y es que el castellano es de los más propicios a aceptar las reprobaciones que se le dirijan a su pueblo, cuando presente o ve que es un espíritu de cariño y de justicia lo que las dicta. Si es verdad que el principio de la salud es que el hombre o el pueblo conozca su mal, cabe decir que en camino de curarse está Castilla.

Pero es de otra cosa de lo que principalmente quiero hoy hablaros aquí, y es de la curiosidad que en Valladolid parecen despertar las cosas de Cataluña y del deseo de conocerlas.

Es muy cierto que Castilla y Cataluña no se aplican lo bastante a conocerse mutuamente y que tanto en una como en otra se oye de cuando en cuando quejas de la ligereza con que se juzgan, o se condenan sin juzgarse, entre sí. Pero yo, que leo diarios catalanes, debo confesar que más veces he visto maltratada y mal juzgada a Castilla en Cataluña, que a ésta en aquélla. En «La Veu de Catalunya», v. gr., entre cosas muy justas y muy nobles, he solido leer sueltos de una insidia injustísima, y algunos firmados por un joven culto. A quien se lo he hecho saber.

He dicho alguna vez que el español es puntilloso y receloso—«pointilleux et ombrageux»—que dicen los franceses. Y como el catalán tiene más acusados que los demás españoles algunos de los caracteres comunes a todos nosotros y de todos nosotros diferenciales, tiene acusadísimo lo de la quisquillosidad y la recelosidad. Muchas de las llamadas ahí estridencias no provienen de otra cosa.

Y las estridencias del Catalanismo, hay que decirlo, son, en general lamentabilísimas. Mu-

chos de los agravios de que se queja son puramente fantásticos.

Hay una cosa que es evidente y yo la he puesto de relieve más de una vez, y es que si en alguna parte hay opinión pública en España, es en Cataluña, y también en mi nativa tierra vasca. En eso de la opinión pública, Cataluña supera enormemente a Castilla. En el orden político, por ejemplo, en Cataluña no es posible el encasillado electoral desde el ministerio de la Gobernación, que es posible en Castilla. Lo que no quiere decir, claro está, que en Cataluña no haya caciquismo, sino que el caciquismo catalán se apoya en la opinión pública, acaso de una clase social. Será tal vez oligárquico, pero no es burocrático.

Pues bien: por el hecho mismo de haber en Cataluña una cierta opinión pública que no hay en Castilla, están los catalanes obligados a venir acá a procurar hacerla. Y es a donde querría venir a parar.

En Valladolid me manifestaron su deseo de oír a representantes de Cataluña que les vengan a hablar de lo que a los dos pueblos parece diferenciar y aun distinguir y de lo que les une; me contaron las gestiones que atañedoras a ello han hecho, y del ningún resultado que hasta hoy les han dado. Citáronme los nombres de tres o cuatro ilustres hombres públicos catalanes, de los más ilustres y más prestigiosos, a quienes habían acudido sin haber logrado más que buenas palabras. Y entonces yo les dije: «Lo que deben ustedes hacer no es acudir a esos u otros ilustres catalanes pidiéndoles que busquen allí y escojan quienes vengan a hablar aquí, sino escogerlos ustedes. No esperen que una entidad, una corporación o un partido catalanes cualesquiera, designe quien lleve su voz para hablarles a ustedes; designenlo ustedes. Y no hagan caso luego si dicen por allá que aquel a quien ustedes llamen no representa sino un conventículo o un cotarro o una opinión personal».

Y les dije eso porque creo conocer algo Cataluña y sé lo profundamente dividida que está y hasta dónde llegan las discordias intestinas de sus hombres eminentes. Lo cual es una consecuencia del régimen de opinión. En mi villa olvidaré lo que Cambó, cuando vino a hablarnos a esta ciudad de Salamanca—donde fué oído con profunda atención y con gran simpatía, dejando hondo recuerdo—me dijo sobre lo que es la envidia en esa su tierra natal. No hay sino ver la rapidez con que ahí se gastan los hombres públicos.

Me he quejado antes de la insidiosa injusticia con que con lamentable frecuencia se juzga a Castilla en los diarios catalanes, pero debo añadir que el mismo tono de insidia, de mezquina rencilla aldeana, suelen emplearlo cuando se atacan los unos a los otros catalanes entre sí. Todas las discordias intestinas de la política barcelonesa se manifiestan en la Prensa de una manera nada edificante para el resto de España que de ello se entere. Ahí, en Cataluña, hay opinión pública, sin duda; la hay, por lo menos, más que por acá, pero en cambio de ese bien, qué de estridencias pequetoces de guerra civil democrática.

Esas disensiones intestinas, esas menudeadas, esos celos y esas rencillas de pequeña burguesía, es lo que ha impedido que el Catalanismo tomase una noble forma imperialista, expansiva, sacando de sí fórmulas de regeneración política aplicables a toda España. Las estridencias del Catalanismo no brotan de la conducta y la actitud del resto de España para con Cataluña, brotan de dolencias interiores. Cuando el Catalanismo estirpe, chila—sin razón casi siempre—contra España, es por un retortijón intestinal, es por efecto de una lucha interior, entre catalanes.

Miguel de Unamuno.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

CREDOS.USALES